

Jean Meyer, *A la voz del Rey*, México, Editorial Cal y Arena, 1989, 131 p.

*A la voz del Rey*, título más reciente publicado por Jean Meyer, no es en estricto rigor una obra historiográfica. Tampoco es una novela ni otro tipo de creación literaria. Se trata más bien de un intento por fundir elementos de ambos géneros en una obra en la que se van entretrejiendo los testimonios archivísticos

con ejercicios de imaginación, por medio de los cuales se recrea en lo posible el ambiente histórico de los acontecimientos que registra la documentación proveniente de archivos mexicanos y españoles.

La trayectoria historiográfica de Meyer es bien conocida. A lo largo de los años se ha ocupado principalmente de los problemas y rebeliones del campesino mexicano, sobre todo en la región central de nuestro país. Como fruto de estas investigaciones han visto la luz pública *La cristiada* y algunas partes de la extensa *Historia de la Revolución Mexicana* de El Colegio de México. En esta ocasión es notorio en Meyer el empeño por aprovechar su amplio manejo de fuentes archivísticas para reconstruir, con libertades que no se podrían usar en un estudio rigurosamente académico, un episodio poco conocido de la situación de los indígenas bajo el dominio de la Corona española en los últimos años del periodo colonial. Meyer parte de una serie de documentos hallados en archivos de México, Guadalajara y Sevilla (y ya publicados en parte por el gobierno del estado de Jalisco) para entregarnos un trabajo en el que no sólo se quiere describir un conjunto de hechos: se trata de envolver al lector en una atmósfera extraña, nebulosa, irónica y hostil. Cabe suponer que el conjunto de relaciones entre los súbditos indígenas del monarca español y los representantes de éste no presentaba muchos aspectos agradables.

Que el relato de Meyer se desprende muy directamente de reportes elaborados y compilados por el aparato burocrático del imperio español se nota incluso en el ritmo lento y reiterativo presente a lo largo de casi toda la obra, no sólo donde se copian textualmente los testimonios, sino también en los pasajes ideados por el autor. Así, Meyer organiza las declaraciones recogidas por las autoridades virreinales de la Nueva España hilándolas con sus impresiones, conjeturas, sentimientos y convicciones sobre los motivos humanos de los acontecimientos. Por momentos queda la impresión de que un excesivo apego al documento archivístico pesa demasiado en la recreación vivencial de los acontecimientos, como cuando *A la voz del Rey* se hace "...ilegible por cinco renglones..." debido a la falla caligráfica del escribano judicial en turno, o cuando asistimos al repaso rutinario de una cuenta de gastos carcelarios cuya reproducción por Meyer no parece tener otro objeto que el de comprobar el cautiverio sufrido por algunos de los indígenas rebeldes.

El asunto central del texto puede resumirse con sencillez. En el año de 1801 un misterioso indígena nayarita predica entre sus paisanos la obediencia a un extraño "Rey" Mariano que llega a la Nueva España para hacerse cargo directo de sus súbditos. Esto da lugar a un confuso levantamiento de los indios contra las autoridades civiles del virreinato, mismo que resulta totalmente fallido y reprimido. Uno de los aspectos más logrados en el libro es el de mostrarnos el ambiente de confusión y vaguedad que permeó el episodio de principio a fin. Aparece claro el fervor religioso del indígena y la voluntad de obediencia que le llevan a responder a la convocatoria hecha a nombre del "Rey": ¿qué rey era ése?, ¿cuál es en realidad el objeto de su llamado?, ¿qué servicio pide específicamente de sus "súbditos"?, ¿qué causa va de por medio en el alzamiento?, son cuestiones que nunca, de acuerdo con Meyer, quedaron claras para casi ninguno de los involucrados.

Más allá de las obscuridades de la anécdota, Meyer aporta elementos muy discernibles sobre los motivos y los factores trascendentes que dieron origen a la rebelión del indio Mariano. Se trata en el fondo de la renovación del conflicto entre lo indígena y lo español, de otro posible ajuste de cuentas entre conquistadores y conquistados. Además de un espíritu de rivalidad con rancios motivos culturales, va de por medio la elemental preocupación por el dominio de la tierra; así por ejemplo, al comentar el disgusto de las autoridades españolas por el levantamiento, uno de los protagonistas dice:

Se me molestó don Juan cuando le dije que la mayor parte de los indios carece de las tierras que les correspondían y tienen arrendadas cuatro de sus amigos y varios pedazos que disfrutaban otros vecinos, desde que en tiempo que fue subdelegado don Juan del Camino se mandaron reconocer todas las labores. Todo el mundo lo sabe.

Los funcionarios virreinales consideraban el caso como una defensa de los valores "tradicionales y cristianos" frente a la bárbara idolatría, la ignorancia y la ineptitud de los indios. El desprecio con que se ve al indio americano puede casi respirarse en cada uno de los pasajes en que Meyer cede la palabra al testimonio de españoles y criollos: el indígena es (si hacemos caso de sus afirmaciones) impresionable, testarudo y levantisco; es un menor de edad pèrpetuo a quien ni siquiera puede acusarse de

ningún delito grave dada su inconciencia, y aun cuando se someta a la guía del colonizador no es útil ni para denunciar adecuadamente a los enemigos del virreinato. Una frase que se repite hasta el cansancio en las actas judiciales del proceso seguido por Meyer parece querer pintarnos de un solo trazo a los indios: ellos son los que "no firmaron por no saber".

Ni que decir que Meyer no suscribe a título personal estos puntos de vista. Si bien no se lanza a una clara apología de los rebeldes, es muy clara su intención de dárnoslos a comprender, y muchos de los trozos creados por él se dirigen evidentemente a compartir su percepción del conflicto vital en que estaban inmersas las comunidades indígenas bajo el dominio del aparato gubernativo colonial. El hecho de que cite tan repetidamente las invectivas y quejas sobre la pretendida inferioridad del aborigen sirve en realidad como telón para resaltar hasta qué punto la amplia incomprensión de los europeos frente al mundo americano seguía plenamente vigente tres siglos después de las primeras exploraciones colombinas. Lo que los españoles no entienden lo pone el autor en boca de uno de los alzados quien declara imaginariamente ante la autoridad:

me preguntó qué motivo tuvimos para dar la obediencia en calidad de rey a un desconocido/el indio Mariano/ y tuve que decirle, por que se me salió del corazón, que no tuvimos otro motivo, yo y los compañeros, que la promesa que nos hizo aquel hombre que éramos dueños de la tierra y libres del tributo.

Meyer se esfuerza también, de este modo, por mostrar móviles de un descontento latente que daban pie a un clima de sorda agitación y alarma continua en la Nueva España a comienzos del siglo XIX. En la rebelión del indio Mariano hay para Meyer un indicio, no por ignorado menos significativo, de la inquina que unos años después lanzaría a indios y mestizos a perseguir gachupines. Los fiscales virreinales de "línea dura" presentados por Meyer recelan de que la rebeldía supersticiosa y sugestionable de los naturales americanos sea pasto propicio para que cunda la conflagración que creen provocada por ideas quiméricas de libertad moderna. Bajo la influencia de éstas, temen aquéllos que podría formarse un "Partido Nacional", enemigo de las autoridades virreinales y de todos los peninsulares en general, poniendo en peligro el orden interno y la relación política de

la Nueva España con su metrópoli. En última instancia, Meyer busca reivindicar la importancia del episodio nayarita de 1801 como antecedente del alzamiento promovido por Miguel Hidalgo en 1810. Afirma el autor que algunos sobrevivientes de aquella revuelta seguían al cura de Dolores bajo la creencia de que el mismo rey que los había convocado nueve años antes viajaba con la comitiva de Hidalgo en una misteriosa calesa negra.

Cabe subrayar la importancia de las perspectivas de investigación y conocimiento plasmadas en esta obra por Meyer. Su manejo de las fuentes archivísticas, sin ser necesariamente innovador (dado que ya otros novelistas han recurrido a la recreación literaria fundada en documentos históricos) resulta sugerente y contribuye a comprender los conflictos de interés y los móviles vitales que desembocaron, en 1810, en el estallido insurgente que marcó el principio del fin del virreinato de la Nueva España.

MAURICIO CRUZ GARCÍA